



“¡Estén Atentos!”

El Adviento nos invita a hacer un balance de los tiempos de nuestra vida, porque cada año durante un mes echa nuestros relojes espirituales fuera de sincronía. Tiempo cronológico, gobernado por la salida del sol, todavía tiene un mes para que termine su año; pero el ritmo del tiempo que da forma a nuestro culto, el tiempo litúrgico, comienza el año nuevo un mes antes, en el Primer Domingo de Adviento, gobernado por la venida del Sol de Justicia. “He aquí”, dice, “hago nuevas todas las cosas”.

El tiempo cronológico sigue predeciblemente el mismo ritmo implacable: amanecer, atardecer; marea adentro, marea baja; la gente viene, la gente se va. El propósito final de esta repetición incesante excede la capacidad de nuestra mente para comprender. Por lo que podemos decir, es tiempo que no va a ninguna parte—tiempo vacío de significado, sin propósito ni punto de llegada, tiempo sin nadie esperando.

A lo largo del año litúrgico, por el contrario, salimos al encuentro de Aquel Que Ha de Venir para reunirnos en la Plenitud de los Tiempos que Él *es*. El Adviento, entonces, es el momento de decidir en qué época viviremos.

De acuerdo con el Profeta Isaías, si sabemos vivir solamente en el tiempo vacío, debemos pedirle a Dios que baje a nuestro encuentro en nuestro viaje a través del tiempo. “O, si rasgaras los cielos y descendieras. . .

Ojalá. . . nos acordamos de ti en nuestros caminos”.

Hace treinta años yo estaba seguro de saber cuándo llegaría nuestro tren a Madrid esa noche de Diciembre en Toledo, cuando el día frío y ahogado por la niebla se convirtió en una noche fría y llena de niebla. En la noche frígida de la calle, se trajo consuelo pensar en la calidez a la que nos sentaríamos a las 6:00 p.m. en dirección norte.

Solo que *no eran* las 6:00, de repente nos dimos cuenta; eran las 5:30, y mi reloj marcaba las 5:15 con más de una milla todavía por caminar (y dos manos llenas de equipaje). El tren de Toledo era el último del día para Madrid. Si nos lo perdimos, nunca saldríamos para nuestra salida a las 5:00 de la mañana siguiente hacia Roma.

De repente era todo o nada. No habíamos prestado atención a la hora y temíamos desesperadamente que se nos acabara el tiempo. Parecía demasiado tarde para intentar lograrlo, pero nunca se nos ocurrió perder la esperanza de poder hacerlo. Así que empezamos a corriendo lo más rápido de lo que he corrido antes o desde entonces. Corrimos por las calles estrechas y oscuras hacia la estación. Allí nuestro tren todavía estaba parado, listo para partir. Habíamos corrido con esperanza; abordamos alegres sin aliento; viajamos en la completa satisfacción de la paz.

Esas frías calles de Toledo me vienen a la mente todos los años en el Primer Domingo de Adviento. En la oración de apertura le pedimos al Padre por “la resolución *de correr adelante* al encuentro” de Su Hijo con obras dignas de Su venida.